INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
ESTÉTICAS
ARCHIVO HISTÓRICO

FONDO	BEATRIZ DE LA FUENTE
SERIE	007: ESCRITOS ACADÉMICOS
CAJA	020
EXP.	050
DOC.	001
FOJAS	1-9
FECHA (S)	1990

para edición de Códice de Tlatelolco
entregado a Lic Patricia Galeana de Valadés
el 17 de Agosto de 1990

BF7C20E50DIFI

A MANERA DE PROLOGO

BF7C20ESODIF2

A MANERA DE PROLOGO

Objetos sobresalientes entre las diversas artes que los antiguos mexicanos cultivaron con maestría, son los manuscritos pintados; se les nombra, de modo general, códices. El doble aspecto que se integra en toda obra de arte, por simple que sea, se conjuga sabiamente en tales manuscritos. De esta manera, líneas que perfilan con precisión y colores de gran luminosidad, dan forma justa a figuras humanas, animales, plantas y a toda suerte de imágenes simbólicas, cuya misión comunicativa se cumple cabalmente en función de la religión, el ritual, la historia, la astronomía y otras manifestaciones culturales de la compleja civilización mesoamericana. De hecho, el uso de libros pintados con figuras convencionales y signos jeroglíficos, y la fabricación de papel adecuado para ellos, es una de las conductas culturales específicas de Mesoamérica.

Aunque el término códice se refiere, en rigor, a un manuscrito cosido por un lado, la tradición, iniciada a finales del siglo XIX, se mantiene aun hoy día, y así se nombra tanto a los propios códices, cómo a las tiras, los rollos, los lienzos y los mapas prehispánicos y coloniales.

Tres eran los materiales usados para pintar los manuscritos: la piel curtida de animal, -con frecuencia la de venado-, el amate o corteza de árbol, y el lienzo de fibra de maguey o de algodón. La superficie se aplanaba con delgada capa de cal y se pulía; los pinceles eran de pelo de conejo y los pigmentos, solubles en agua, fueron, en su mayoría de procedencia mineral.

Según los informantes de Sahagún (Códice Matritense de la Real Academia, fol. 117v.) el pintor, el tlacuilo, era el "artista, creador de cosas con el agua negra", el que "diseña las cosas con el carbón, las dibuja", el que "conoce los colores, los aplica, sombrea, dibuja los pies, las caras, traza las sombras, logra un perfecto acabado". En suma "El buen pintor /es/ entendido, Dios en su corazón, diviniza con su

BF7C20E50D1F3

corazón a las cosas, dialoga con su propio corazón". Ciertamente la pintura precolombina no muestra sombras, ello indica que no se han de tomar a la letra las versiones de las fuentes del siglo XVI, pero el texto anterior revela tanto las capacidades creativas del pintor como su sabiduría. Quiénes a este oficio se dedicaban, eran personas escogidas por sus talentos y se les entrenaba en la sólida tradición pictórica. Se sabe que, en tiempos nahuas, los educandos concurrían a centros de educación, particularmente a aquellas que como las cuicacalli o "casas de canto", tenían como función la de capacitar a los artistas. Es posible que también fueran al calmecac, la escuela en donde estudiaban los futuros sacerdotes, ya que gracias a esta educación el novel artista se adentraba en los mitos y conocimientos de la antigua cultura. Por sus dones y la destreza en el quehacer que desempeñaba, el tlacuilo, al igual que otros que cultivaban lo que hoy llamamos bellas artes, se les guardaba respeto y ocupaban lugar de privilegio en la sociedad. El tlacuilo creaba, en no pocas ocasiones, verdaderos retablos artísticos, de la misma manera que lo hacia un amanuense medieval para las capitulares y portadas de los libros.

Conviene recordar que, a partir del Período Clásico, se pintaron manuscritos en diversos rumbos de Mesoamérica, deben de haber sido numerosos; sólo sobreviven poco más de una veintena y son de épocas próximas a la conquista. Es de todos sabido las quemas que de buena cantidad de manuscritos hicieron Fray Diego de Landa en Maní, Yucatán, y el obispo Fray Juan de Zumárraga en Tetzcoco. A pesar del daño irreparable causado por los españoles, muchos manuscritos fueron destruídos por los mismos indígenas, quiénes durante sus guerras incendiaban los edificios relacionados con el culto, entre los cuales se contaban las amoxcalli o casas de libros.

Los tlacuilos registraban, con claridad meridiana, los años y su sucesión, de suerte que, los antiguos mexicanos,

BF7C20E50D1F4

podían leer con precisión el paso del tiempo. Al lado del signo cronológico correspondiente colocaban el hecho que querían consignar, de modo tal que se unía la cronología con los sucesos históricos o mitológicos. Los principales glifos usados por los nahuas eran numerales, calendáricos, pictográficos, ideográficos y fonéticos. En efecto, la pintura no se desliga de la escritura, de tal manera que los códices son a la vez textos ideográficos que libros religiosos, históricos, genealógicos, geográficos y de hechicería. Los temas mayormente representados en los manuscritos precolombinos fueron en torno a la religión, a los rituales, al calendario, y a la astronomía. También exaltaban a sus gobernantes, registraban su muerte, sus guerras y conquistas. Daban cuenta, asímismo de los terremotos e inundaciones; las sequías, las pestes y otras calamidades; de la extensión de sus señoríos con división y localización de sitios y consignaron los tributos, su calidad y cantidad, y las poblaciones que los pagaban.

Los manuscritos pintados o pictografías son, hoy día, por la información que guardan, fuente indispensable para el conocimiento de la vida, las creencias y las costumbres de los pueblos prehispánicos y pueden contarse entre sus obras maestras de arte. Fueron, en su tiempo, fuente de sabiduría y, por haber sido elaborados en casi toda Mesoamérica, constituyen uno de sus rasgos culturales sólidamente afincados.

Resulta explicable, por esto último, que aun después de la conquista, los indígenas siguieran utilizando las imágenes, signos y símbolos -a pesar de que prontamente conocieron la escritura occidental en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco- para consignar las fiestas, los combates, el nombramiento de autoridades, las escenas guerreras, sociales y familiares, los matrimonios y funerales, la educación y la cuenta rigurosa del tiempo.

En resolución, la vigorosa tradición de pictógrafías prehispánicas, sobrevivió a la conquista, pero modificó formas

BF7C20E50D1F5

y contenidos al incorporar recursos líneales y colorísticos propios de la pintura europea de la época, así como temas novedosos que mostraban una ideología ajena a la mesoamericana.

Inscrito dentro de los talleres de manuscritos elaborados durante el siglo XVI, está el renombrado -por la delicadeza del trazo, la fidelidad en los objetos representados y la importancia del registro histórico- Códice de Tlatelolco. Se trata de una tira en papel de amate, en donde se narran sucesos históricos del tiempo de la colonia; entre los asuntos relatados destacan gobernadores indígenas tales como don Diego de Mendoza, Imauhyatzin, señor de Tlatelolco, don Cristóbal de Guzmán, Cecepatic de Tenochtitlan, don Antonio Cortés Totoquihuaztli de Tacuba y don Hernando Pimentel de Tetzcoco; los virreyes españoles don Antonio de Mendoza, don Luis de Velasco y el arzobispo fray Alonso de Montúfar. En la primera página se representan personajes que "participaron en la expedición española de Vázquez de Coronado (1540-1542) al noroeste del actual territorio mexicano y en el apaciguamiento de los indios chichimecas de la región entre Guadalajara y Zacatecas, durante la llamada Guerra del Miztón" (p.17). Los arriba mencionados, son algunos de los datos históricos que guarda el dicho Códice; otros más, de significado y de valores artísticos son sabiamente estudiados por el doctor Xavier Noguéz y la maestra Perla Valle. Es, por lo tanto, documento inapreciable para el cabal conocimiento de una parte importante de la historia de Tlatelolco, pero, sobretodo, es un objeto de arte revelador del estilo prevalente en el tiempo en que fue realizado.

Recurso artístico de primerísima importancia en los códices prehispánicos, es la línea, que perfila y recorta imágenes, signos, y símbolos; en ocasiones reproduce, de modo esquemático, la realidad visible; en otras, la mayoría, la línea crea, inventa, formas y figuras que sólo existen en la fantasía, en la imaginación. Ni una, -la percepción fiel- ni

BF7C20E50D1F6

otra, -la imaginada- es accidental o meramente decorativa; ambas expresan hondo significado. Los espacios que la linea recorta se rellenaban con áreas de colores planos y primarios, de ahí que se trate de pintura planigráfica; la perspectiva tridimensional o con líneas de fuga fue desconocida por los tlacuilos precolombinos; acaso no la necesitaron para reproducir su verdadera realidad. El pintor indígena representó elementos de la naturaleza -hombres, animales, plantas- reducidos a un sólo plano, ya sea en su vista de frente o de perfil, o combinados, como se hacía con frecuencia, siempre para mostrar con mayor claridad lo que para la comunidad era lo más importante de la imagen, lo que la caracterizaba, lo que le daba su identidad. Así, los hombres se mostraban, casi invariablemente de perfil, los animales, según sus cualidades simbólicas, se figuraban de frente o en su vista leteral, y ciertos animales cómo el ciempiés o el escarabajo se les representaba vistos por arriba (en vista áerea), para no omitir los rasgos característicos. Por ello son de díficil lectura para nosotros tanto las escenas complejas cómo las simples composiciones, ya que a menudo parecen ser dislocadas o irreales. Un templo se representa de perfil, pero sus almenas o remates en el techo se muestran de frente; el jugador de pelota está de perfil, pero la cancha de juego -de dimensiones desproporcionadamente pequeñas- está visto de arriba y planigráficamente; en fin, un sacerdote o dios que se inclina hacia abajo mantiene el ceñidor rígido, sin dobleces.

En breve, los pintores de códices precolombinos no copian la realidad visible, crean otra realidad, la suya, en la que suprimen lo accesorio en favor de lo primordial. Al no usar ni la perspectiva, ni la ilusión óptica de profundidad, los colores planos adquieren valores supremos: visuales y simbólicos. Ciertamente las figuras son rígidas y los rostros hieráticos; el movimiento plástico lo crean la línea y el color. Es la belleza iluminadora de los colores, el carácter

BF7C20E50D1F7

planigráfico, la falta de proporción de acuerdo con cánones naturales y la fantasía de las imágenes la que otorga sello inconfundible a los manuscritos precolombinos.

Lo antes dicho es para esclarecer las diferencias entre los estilos artísticos en los manuscritos pintados. Reglas del todo distintas a las prehispánicas rigen a las pictografías coloniales, por ello conviene recordarlas. No se trata de que un estilo -el prehispánico o el colonial- sea mejor que el otro, simplemente que revelan cosmovisiones diferentes. Así, de modo general, el estilo prehispánico muestra una realidad fincada en el credo de un mundo sobrenatural, regido por fantásticas deidades, el acontecer histórico se confunde y combina con hechos imaginados; el colonial pone énfasis en la realidad perceptual de la naturaleza, los hombres hay que representarlos cómo se miran; se deben registrar, con la veracidad posible, sucesos y personas, de manera tal que se reconozca, por su apariencia, al sujeto y al hecho que se representa. En este estilo, el colonial, el de la primera mitad del siglo XVI, queda integrado el Códice de Tlateloco; utiliza de ciertos recursos pictóricos mesoamericanos, tales como las efigies de los señores de Tlatelolco y los glifos del año, entre otros, pero abunda en rasgos propios de la pintura europea de la época. Así, se hacen notables la comedida proporción de las figuras humanas, los colores desvaídos y sombreados para producir efectos visuales de volumen, las vistas de objetos y de construcciones en perspectiva occidental, la presentación ilusoria de movimiento en personajes y caballos. En suma, se trata de la imitación de la naturaleza perceptible, de ahí que se usen los achurados para crear sombras y volumen y que se recurra a la perspectiva para producir efectos tridimensionales.

Los estudiosos del Códice coinciden en que fue hecho por manos indígenas; no deja de sorprender, sin embargo, la soltura para sombrear y producir apariencia de volumen, inclusive

BF7C20E50D1F8

hasta alcanzar, en algunas figuras sentadas, efectos de escorzos. Son también notables la dinámicas posiciones de los cuerpos humanos y de caballos, el cuidado en la proporción anatómica y la perspectiva acuciosa de las construcciones. A pesar de la rítmica posición alineada de los personajes, llama la atención la cualidad narrativa espacial, cuando un hecho sucede inmediatamente al otro, revela un concepto occidental; los sucesos no se registraban con esa secuencia de inmediatez en el mundo prehispánico; el concepto del tiempo era radicalmente distinto. He de añadir que el afamado Códice de Tlateloco fue hecho por distintas manos, queda a manera de ejemplo la diferencia de escala y de trazo en los caballos y, de modo obvio, las figuras de los gobernantes de Tlateloco en relación a los oídores o los virreyes españoles. En apoyo a la consideración acerca de la factura indígena, cabe señalar que las figuras de gobernantes nativos y otros signos y objetos de ascendencia prehispánica, son representados en mayor tamaño que las imágenes de clara apariencia occidental. Cómo lo señala certeramente la maestra Perla Valle abundan objetos y temas introducidos por los europeas -campanas, sillas de tijera, armas, estandartes, sacrificios por flechamiento,entre otros,- reproducidos con tal acuciosidad, que resulta digna de admiración la capacidad de los indígenas para copiar objetos materiales y asuntos que eran del todo ajenos a su cultura. Es así como el Códice muestra diversas percepciones de la realidad, y exhibe, no cabe duda, distintas manos en su realización.

No he de abundar en las características y en el contenido del Códice, en ello profundizan, con asombrosa erudición, el doctor Xavier Noguéz y la maestra Perla Valle; los estudios de ambos son muestra del alto nivel de investigación que se lleva a cabo en instituciones nacionales; revelan aspectos novedosos y originales del Códice de Tlatelolco. La excelente edición de la Secretaría de Relaciones Exteriores, contribuye a la

BF7C20E50D1F9

difusión del arte nuestro que es motivo de fama universal.

Beatriz de la Fuente

Miembro de El Colegio Nacional, a 6 de Agosto de 1990.